

## BATALLA DE ESTRASBURGO

Como ya se ha mencionado en muchas ocasiones<sup>731</sup>, la batalla de Estrasburgo (Argentoratum) se puede considerar como la mayor victoria de las armas romanas en el siglo IV, y del mismo modo constituyó un gran triunfo (quizás el último en Occidente) de las legiones y de la infantería pesada romana<sup>732</sup>, en un mundo en el que la caballería iba adquiriendo cada vez mayor importancia y la manera de hacer la guerra cambiaba a una gran velocidad; aquí encontramos la victoria del más puro espíritu militar de Roma, esto es, una gran aportación de individualidades brillantes aportadas por uno o más generales excepcionales, y al mismo tiempo cosechada en inferioridad numérica contra los recurrentes enemigos bárbaros, más poderosos físicamente, pero lograda gracias a la superioridad disciplinaria y táctica de grandes masas de infantería entrenadas<sup>733</sup>. Pese a los cada vez más importantes, aunque casi nunca drásticos, cambios en materia estratégica que se vinieron sucediendo desde la época de Septimio Severo o quizá antes<sup>734</sup>, y la estructura notoriamente más germanizada y dispar de la

---

<sup>731</sup> Para la batalla de Estrasburgo, Cf. E. NIESCHER, "Die Schlacht bei Strassburg im Jahre 357 n. Chr." *Klio* 21 (1927) pp. 391-401; A. PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 134-135; R. C. BLOCKLEY, "Ammianus Marcellinus on the Battle of Strasburg". *Phoenix* 31 (1977) pp. 218-231; D. BOWDER, *op. Cit.*, p. 50; A. FERRILL, *op. cit.*, p. 143; S. MACDOWALL & G. EMBLETON, *Late Roman Infantryman 236-565*. London 1994 pp. 6, 22, 28; S. MACDOWALL & A. McBRIDE, *Germanic Warrior 236-568*. London 1996 p. 49; M. ROUCHÉ, *Clovis*. París 1996 p. 80; M. WHITBY, *Rome at War AD 293-696*. Oxford 2002 pp. 11, 25, 41-42; A. FREDIANI, *op. cit.*, pp. 311-319. S. TOUGHER, *op. cit.*, pp. 33-40.

<sup>732</sup> Cf. R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 17, donde se señala con cierto reconocimiento que Juliano fue el único emperador del Imperio Tardío que intentó resolver el dilema romano de la lucha en dos frentes tomando la ofensiva estratégica. Esto le llevó a completar una esmerada selección y puesta a punto de sus fuerzas de infantería.

<sup>733</sup> Aunque se ha afirmado, y no sin razón, que en este tiempo las legiones ya habían dejado de ser las fuerzas de elite del Imperio, papel que pasaron a ocupar los destacamentos de caballería del ejército de campaña. Cf. T. COELLO, *op. cit.*, p. 15.

<sup>734</sup> Cf. A. FERRILL, *op. cit.*, p. 33. En ese tiempo se aumentó la guarnición de Roma a 30.000 hombres, lo que constituyó todo un hito en su momento. Para las reformas militares de ese tiempo, Cf. R. E. SMITH, "The army reforms of Septimius Severus". *Historia* 21 (1972), pp. 481-499; A. D. LEE, A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge ...op. cit.*, p. 213; A. R. BIRLEY, *Septimius Severus:*

milicia, el núcleo básico y el diseño estructural del ejército romano no había desaparecido todavía, y en el año 357 veremos brillar el valor y el estilo del clásico legionario una vez más.

Cubriendo tal importante evento, tenemos afortunadamente la narración extensa, completa y digna de crédito de Amiano Marcelino, que aunque en esos momentos ya había partido junto a su superior Ursicino hacia Oriente, a buen seguro pudo con posterioridad entrevistarse e interrogar a varios compañeros de armas que permanecieron en la Galia y presenciaron los hechos<sup>735</sup>. De manera un tanto más parca y quizás más abundante en figuras literarias que en datos sustanciosos, están las narraciones de Libanio<sup>736</sup> y Zósimo<sup>737</sup>, así como las breves menciones del escritor cristiano Orosio<sup>738</sup>, del *Epitome De Caesaribus*<sup>739</sup> y del aristócrata galo Mamertino<sup>740</sup>; podemos acompañar la secuencia principal con estas descripciones de los hechos que, pese a ser ciertamente secundarias, añaden

---

*the African Emperor*. London 2000; E. BIRLEY, "Septimius Severus and the Roman Army," *Epigraphische Studien* 8 (1969) pp. 63-82; Z. RUBIN, *Civil-War Propaganda and Historiography*. Brussels 1980. De cualquier modo, la Guardia Pretoriana fue siempre la única "reserva central" que existió en todo el Imperio hasta los años 306-308. Cf. T. COELLO, *op. cit.*, p. 13. No se puede considerar esta fuerza militar un verdadero "ejército de campaña", como defienden S. ANGLIM, P. G. JESTICE, R. S. RICE, S. M. RUSCH y J. SERRATI, *op. cit.*, p. 68; la función era más bien de control y represiva, una advertencia para los numerosos enemigos del emperador africano (senadores, generales, consulares, etc.).

<sup>735</sup> La batalla está descrita con todo lujo de detalles en AMIANO MARCELINO XVI 12. Pese a ello, G. A. CRUMP (*op. cit.*, pp. 42 y 45) lamentará profundamente la negligencia mostrada por nuestro autor a la hora de enmarcar la topografía de los campos de batalla. No obstante, G. RICCIOTTI (*op. cit.*, p. 109) incluirá un mapa del lugar de los hechos reconstruido a partir de las fuentes y de ciertas inspecciones y sondeos realizados durante nuestra época, en los que no estuvo ausente la arqueología. El resultado obtenido por este autor italiano resulta esclarecedor y constructivo. Parece finalmente que el enfrentamiento se llevó a cabo en Oberhausbergen, al noroeste de Estrasburgo. Cf. J. J. HATT & J. SCHWARTZ, "Le champ de bataille de Oberhausbergen". *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg* XLII (1964), pp. 427-436.

<sup>736</sup> LIBANIO XII 49; XVIII 54-62.

<sup>737</sup> ZÓSIMO III 3, 3-5.

<sup>738</sup> OROSIO VII 29, 15: "[Juliano] puso en fuga con un pequeño ejército a una gran muchedumbre de alamanes".

<sup>739</sup> EPITOME DE CAESARIBUS 42 13: "Iste [Juliano] in campus Argentoratensibus apud Gallias cum paucis militibus infinitas hostium copias delebit".

<sup>740</sup> MAMERTINO IV 3: "En un solo enfrentamiento la totalidad de Germania fue destruida, derrotada en una única batalla". Se puede observar que, de manera comprensible, esta afirmación estaba cargada de una buena dosis de retórica; nadie fue ajeno a la figura exagerada que encerraba tal afirmación, pero hemos de reconocer que, aunque Juliano tuvo que realizar cinco campañas contra los bárbaros, solamente necesitó de una batalla campal para someterlos, y fue ésta. El propio MAMERTINO (IV 6) reconoce un poco más adelante la existencia de varias campañas militares.

ingredientes enriquecedores, a veces interesantes nuevas versiones y casi siempre información adicional. Desgraciadamente existió un opúsculo perdido y desconocido hoy, elaborado por el propio Juliano, en el que narraba lo acontecido en el campo de batalla<sup>741</sup>; sin lugar a dudas, este testimonio no hubiese tenido precio para la investigación moderna y contemporánea, pues se trataba de la obra de un testigo radicalmente presencial que vivió los hechos cara a cara, además de ser el gran cerebro, artífice y protagonista de la batalla, en el plano estratégico y en el táctico, como tendremos ocasión de comprobar.



Deseosos de conservar su preponderancia en el norte de la Galia y dispuestos a defender los amplios territorios arrebatados a Roma, los alamanes reunieron con bastante rapidez una importante confederación de

<sup>741</sup> EUNAPIO, II fr. 17 (BLOCKLEY); LIBANIO, *Cartas* 35, 6; 369, 1, y *Discurso XIII* 25. No obstante, JULIANO aludirá a esta batalla de un modo mucho más escueto y sencillo en *Al Senado y el pueblo de Atenas* 279b-c. F. PASCHOUD, uno de los editores de ZÓSIMO (*Zosime*. París 1979; estamos hablando de su nota comentarista al pasaje III 2, 4), llegó a señalar que no había evidencias directas acerca de la existencia de esta obra de Juliano, un punto que no es compartido por R. C. BLOCKLEY en su edición del historiador de Sardes (Cf. nota 25 al fragmento 17). K. BRINGMANN (*op. cit.*, p. 59), opina por su parte que la narración de AMIANO MARCELINO fue confeccionada en su día siguiendo el relato de la batalla compuesto por Juliano.

guerreros para plantar cara a los ejércitos imperiales que, de manera inesperada, estaban comenzando a llegar otra vez desde el sur. Se habían perdido Colonia, y también otras ciudades menos importantes, pero eso no era embarazoso para pueblos que hacían poco caso de esos lugares. De cualquier modo, no se podía consentir que los destacamentos de vanguardia continuasen avanzando más, pues si recuperaban los núcleos urbanos, era de prever que los romanos se reorganizasen nuevamente y no tolerasen durante mucho más tiempo la presencia bárbara en el campo; con la formación de este gran ejército (aunque quizás podría emplearse más fielmente el término de horda) se dejó ver de modo muy claro y conciso que los alamanes (que procede de *Alamanni*, “todos los hombres”)<sup>742</sup> estaban dispuestos a quedarse a vivir en lo que ya consideraban sus tierras legítimas<sup>743</sup>. El elegido por la nobleza germana para comandar este importante ejército fue el rey Cnodomario<sup>744</sup>, un sujeto de gran físico y belleza según las descripciones que nos han llegado, un caudillo capaz y diestro en el arte de la guerra; de hecho, años antes había derrotado completamente y en igualdad de condiciones a las fuerzas romanas del César usurpador Decencio<sup>745</sup>. Es posible que en estos momentos las agrupaciones germánicas pensasen que ante ellos se configuraba una nueva

---

<sup>742</sup> L. MUSSET, *op. cit.*, p. 78. Para los alamanes, Cf. P. BARKER, *The Armies & Enemies of Imperial Rome*. Worthing 1981; I. WOOD, *Franks and Alamanni in the Merovingian period. An ethnographic perspective*. Rochester 1998.

<sup>743</sup> Los líderes alamanes que acudieron a esta gran confederación fueron Cnodomario, Vestralpo, Urio, Ursicino, Sumario, Hortario y Serapión; todos ellos ostentaban la dignidad real. Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 23. Entre ellos, los dos de mayor importancia eran Cnodomario y el jovencísimo Serapión, que anteriormente se llamaba Agenarico, pero que recibió ese nuevo nombre de su padre Mederico, que como rehén en la Galia se había hecho adepto al culto del dios Sérapis. Mederico ya había fallecido, pero era hermano de Cnodomario y es calificado como “*el hombre más perverso mientras duró su existencia*” por AMIANO MARCELINO (XVI 12, 25). Pero realmente, y esto se suele olvidar a menudo, Juliano no derrotó a las fuerzas de siete reyes, sino a las de ocho, pues las fuerzas de Vadomario también acudieron a la batalla, aunque este rey se declaró inocente de todo ello y afirmó que no quiso marchar a la guerra contra Roma (AMIANO MARCELINO XVI 12, 17). Como veremos en otro capítulo, Vadomario causará más adelante nuevos problemas con su actitud ambigua.

<sup>744</sup> Una estupenda descripción de Cnodomario en AMIANO MARCELINO XVI 12, 24, donde se le detalla prácticamente cual un Héctor, como señala A. GOLSWORTHY (*op. cit.*, p. 407, *una figura homérica*, dice). Como es natural, es mostrado de nuevo, esta vez con tintes más patéticos, en XVI 12, 59, como un hombre gordo y asustado.

<sup>745</sup> Ya se ha mencionado antes esta noticia comentada por AMIANO MARCELINO XVI 12, 5.

edad dorada, como aquella que había comenzado con las grandes incursiones del año 233<sup>746</sup> y que se prolongó durante varias décadas en paralelo a la inestabilidad de la Anarquía Militar romana, con sonoros y notorios hechos de armas que les llevó desde el Rin a invadir la misma Hispania, incluso llegando al sureste de la península, causando un caos y una alarma general desconocida tiempo ha en aquellos lugares y que cambió la vida y la configuración del territorio para siempre<sup>747</sup>.

El grueso de las fuerzas que se habían reunido para esa ocasión resultaba realmente imponente para tratarse de un pueblo bárbaro y por tanto mucho menos organizado<sup>748</sup>: siete reyes y diez príncipes se congregaron con sus fuerzas respectivas, y marcharon tras los estandartes de guerra, totalizando un total de 35.000 guerreros<sup>749</sup> que pelearían en el campo de batalla, por motivos de lealtad aristocrática y tribal, a cambio de ciertos derechos o incluso algunos de ellos por obligaciones legales y deudas<sup>750</sup>. Viendo aquí una oportunidad preciosa para obtener ganancias

---

<sup>746</sup> S. JOHNSON, *op. cit.*, pp. 20 y 69; sin embargo, parece que la primera señal sería de las incipientes actividades fronterizas de los alamanes datan del año 213. Las amenazas sobre Recia y el Nórico obligaron al emperador Caracalla a reunir un cuantioso ejército cerca de Mainz y llevar a cabo una campaña militar contra este pueblo. Cf. H. SCHÖNBERGER, "The Roman Frontier in Germany: an Archeological Survey". *The Journal of Roman Studies* 59 (1969), pp. 173, donde también se destaca el importante ataque bárbaro de 233, en el reinado de Alejandro Severo. Véase asimismo H. VON PETRIKOVITS, "Fortifications in the North-Western Roman Empire from the Third to the Fifth Centuries AD". *The Journal of Roman Studies* 61 (1971), p. 178, y DÍON CASIO LXXVIII 13, 4-6, AURELIO VÍCTOR 21, 3, HERODIANO IV 7, 3.

<sup>747</sup> Cf. A. GONZÁLEZ BLANCO, *Historia de Murcia en las épocas: Tardorromana, Bizantina y Visigoda*. Murcia 1998, pp. 95-98. Para la invasión almana de Hispania y la "destrucción" de Tarragona, AURELIO VÍCTOR XXIII, 3 y EUTROPIO VIII 28, 2. Para las invasiones en Hispania, véase igualmente J. ARCE, *El último siglo de la Hispania romana, 284-409*. Madrid 1986; J. HUBERT, *L'Europe des invasions: (III-VII siècle)*. Paris 1987. F. M. CLOVER, *Late Roman West and the Vandals*. Ashgate 2004. La invasión de francos más grave fue la acontecida el año 257. Cf. H. VON PETRIKOVITS, *art. cit.*, p. 178.

<sup>748</sup> Según A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 405, este era uno de los mayores ejércitos tribales más numerosos de los que se recuerdan en el siglo IV.

<sup>749</sup> LIBANIO (XVIII 54) habla en cambio de una fuerza de 30.000 hombres.

<sup>750</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 26. Se puede comprobar como más de doscientos años más tarde, los pueblos germánicos seguían marchando a la guerra y operando de una forma similar a ésta, pues así se evidencia del testimonio y consejos ofrecidos por MAURICIO (XI 3), en un capítulo que, curiosamente, recibe el nombre de "tratando [la guerra] con los pueblos rubios, como los francos, lombardos y otros como ellos". Los francos, que por la época del bizantino Mauricio se encontraban casi en plena potencia, ya en estos momentos estaban presentes en la frontera renana y fueron rivales de Juliano. Cf. A. J.

fáciles y modificar radicalmente el equilibrio de poder en las tierras renanas, muchos otros guerreros germanos de diferentes tribus se alistaron en esa horda sirviendo como mercenarios o incluso voluntarios. Debemos recordar que el ejército que llevó Magnencio a la batalla de Mursa era prácticamente similar en número a éste<sup>751</sup>.

Juliano, recordemos, se había quedado solo tras la desbandada de las fuerzas de Barbatió, y los alamanes vieron en esta coyuntura una ocasión perfecta para lograr una segunda victoria sobre los romanos, lo que les otorgaría la iniciativa de forma irrevocable y seguramente también la supremacía no sólo en el norte, sino en toda la Galia. El César, naturalmente, estaba preocupado, pese a su exitosa y afortunada carrera apenas comenzada; el ejército romano que había de secundarle estaba fuera de combate y se encontraba sin apoyos y en una situación ciertamente precaria<sup>752</sup>. Cnodomario, por su parte, comenzó a mover a sus tropas presurosamente, seguro de que la ocasión le era propicia<sup>753</sup>; Juliano, a su vez, tampoco se acobardó, viéndose pese a todo con plena confianza y muy capaz de sacar adelante el envite que, en términos globales, era lo que se venía buscando con la estrategia romana en el norte: un encuentro con el grueso de las fuerzas invasoras que resultase decisivo y a la postre drenase de manera eficaz el poderío numérico humano de los habitantes del otro

---

STOCLET, "Considérations sur les royautes germaniques primitives. 1, Les rois des Alamans à l' époque de la bataille de Strasbourg (357)". *Romanobarbarica* 17 (2000-2002) pp. 19-74.

<sup>751</sup> Recordemos lo mencionado por ZONARAS XIII 8.

<sup>752</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 6.

<sup>753</sup> Las diferentes fuerzas y destacamentos tribales, aristocráticos o reales de los alamanes estuvieron cruzando el río durante tres días y tres noches, un lento pero continuado caudal de guerreros que fue llegando paulatinamente hasta la orilla romana (Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 19). No obstante, la concentración de las fuerzas realizada en territorio hostil fue un grave error por parte de los reyes alamanes: cuando Juliano llegó, ellos se encontraban en una preocupante y desventajosa posición de espaldas al río, lo que a la postre resultó fatal. Cf. G. RICCIOTTI, *op. cit.*, p. 108. Quizá los reyes germanos eligieron tal lugar porque estaba rodeado de colinas y por ello podían realizar la concentración de sus guerreros al resguardo de los ojos romanos.

lado del Rin<sup>754</sup>. Posiblemente, esta fue la última vez que en Occidente un emperador romano se atrevió a combatir al enemigo en franca desventaja (más de dos a uno en contra)<sup>755</sup>.

El ejército galo salió de Tres Tabernas<sup>756</sup> formado para la batalla y alerta, esperando encontrar al enemigo y por ello ojo avizor para evitar emboscadas. Antes de realizar el trayecto hacia los terrenos donde se encontraban los bárbaros, Juliano había ordenado erigir un campamento protegido por una empalizada y un foso, por si la batalla se decantaba en su contra, tener al menos un lugar donde acudir a refugiarse para los supervivientes. Vemos como a pesar de su formación académica casi exclusivamente griega, el César había estudiado y asimilado por completo todas y cada una de las normas de la ciencia militar romana, y siempre plasmó estos conocimientos sobre el terreno táctico y el estratégico, añadiendo sus propias innovaciones aprendidas por propia experiencia y su genio como hombre de acción y líder<sup>757</sup>. Juliano, que llevaba entorno a sí

---

<sup>754</sup> Este extremo queda muy bien plasmado en esta oración de LIBANIO (XVIII 55): “*Por ese motivo, no impidió que cruzase un número de hombres superior al que él conducía, pero, con su ataque, detuvo el flujo que acudía en ayuda de aquellos*”. El prefecto Florencio, presente en el ejército ese mismo día, en la batalla de Estrasburgo, se manifestó en la víspera de la misma manera: era necesario acometer al enemigo ahora, ya que estaba reunido. Cf. AMIANO MARCELINO XVI 13-14. A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, pp. 405-406. Vemos por el contrario como MAURICIO (VIII 2, 4) se muestra siempre reacio a librar una batalla campal, juzgando los éxitos que de ella pudieran devengarse como “*una demostración más de suerte que de valentía*”.

<sup>755</sup> Esta interesante noticia fue destacada hábilmente por R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 53. Allí se contraponen esta actitud a la llevada a cabo posteriormente por Graciano y Teodosio. Lo que también es cierto que en dichos casos la calidad del combatiente romano no era la misma.

<sup>756</sup> Allí Juliano recibió a una amenazadora embajada bárbara a primera hora, apresando a los emisarios y reteniéndolos junto a sí. Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 3.

<sup>757</sup> Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 1 y 12. La construcción de campamentos para las tropas en marcha viene reflejada en VEGECIO I 22-25 y III 6, y MAURICIO VII 7; VIII 1, 26, donde podemos comprobar cómo Juliano observaba estas prudentes indicaciones a rajatabla, que del mismo modo vienen ya reflejadas en HYGINIUS, *De Metatione Castrorum* 57: *Iniqua loca, quae a prioribus novercae appelluntur, ovni modo Viteri debent. Ni mons castris immineat, per quem supervenire hostes aut prospicere possint, quid in castris agatur; ne silva celatura hostes adiaceat neve fossae aut valles, per quas obrepi castris occulte possit; ne vicini fluminis torrentes subita tempestate castra inundent*. AMIANO MARCELINO (XVIII 2, 11 y XXV 4, 11) también atestigua el esmero cuidadoso con el que el César erigía sus campamentos, en los lugares apropiados y con las defensas pertinentes. De hecho, el único campamento de marcha fortificado perteneciente a época romana tardía que se ha hallado hasta hoy, se encuentra en Ermello (Holanda) y parece que es obra de las tropas de Juliano, que lo erigirían presumiblemente en la campaña de 358 (Cf. S. JOHNSON, *op. cit.*, p. 32). Para estos importantes

una escolta de 200 hombres montados<sup>758</sup>, contaba entre sus tropas con las legiones de los *Regii* y los *Primanii*, y los auxiliares *Bracchiati*, *Batavi* y *Cornutii*; seguramente se encontraban también entre sus fuerzas los aguerridos y fiables Hérulos, los Celtas y los Petulantes<sup>759</sup>. En total, como ya sabemos, 13.000 hombres, de los cuales posiblemente 3000 serían de caballería y 10.000 infantes<sup>760</sup>. En el ejército romano, según la tradición, justo antes de entrar en combate, el líder debía realizar la arenga a las tropas de rigor<sup>761</sup>; y en este caso concreto se produjo una situación bastante inusual. Juliano, en lugar de excitar a sus soldados con un encendido discurso marcial, les advirtió acerca de las penalidades de la marcha y el calor, con el propósito de que descansasen adecuadamente y tomaran el debido alimento y bebida<sup>762</sup>. Las tropas respondieron a estos consejos con visible disgusto y desaprobación, pues deseaban entrar en combate, pese a cualesquiera penalidades que hubiesen sufrido o hubieran de soportar; nada extraño, realmente, teniendo en cuenta el temperamento de los soldados galos. De cualquier modo, las advertencias de Juliano no eran erradas<sup>763</sup>;

---

aspectos de las campañas militares en el Imperio Romano, véase A. RICHARDSON, *Theoretical aspects of Roman camp and fort design*. Oxford 2004.

<sup>758</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 28.

<sup>759</sup> J. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Diccionario de las Legiones...op. cit.*, pp. 61-62. Todas estas unidades alcanzarían el cenit de su gloria bajo Juliano y pasarán a convertirse en parte integrante de las tropas más selectas de todo el Imperio. Cf. D. VAN BERCHEM, *L'armée de Dioclétien et le réforme constantiniennne*. París 1952; A. H. M. JONES, *The Later...op. cit.*, p. 98; G. L. CHEESMAN, *The Auxilia of the Roman Imperial Army*. New York 1971; M. J. NICASIE, *Twilight of Empire. The Roman Army from the reign of Diocletian until the battle of Adrianople*. Amsterdam 1998 pp. 224 y 228.

<sup>760</sup> A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 405. La proporción entre ambos cuerpos era la correcta, según MAURICIO (XII B 23).

<sup>761</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 8.

<sup>762</sup> AMIANO MARCELINO XVI 9-12. En la actualidad algunos autores han llegado a dudar de la existencia real de dicho discurso en los prolegómenos de la batalla; Cf. G. A. CRUMP, *op. cit.*, p. 87. Por las numerosas referencias que los tratadistas y comandantes antiguos dedicaron a tales arengas, nosotros no somos de tal opinión. Cf. la n. 770 al presente capítulo.

<sup>763</sup> En este punto, G. RICCIOTTI (*op. cit.*, p. 108) sugiere que en el discurso de Juliano el propósito de calmar a sus hombres era fingido, y que habló de esta manera inteligentemente y a propósito sabiendo que así sus soldados desearían aún más luchar a toda costa; esta opinión no es compartida por A. GOLDSWORTHY (*op. cit.*, p. 406), aduciendo que si la verdadera intención de Juliano hubiese sido esa, sin duda hubiese sido mencionado por AMIANO MARCELINO (XVI 12, 19), siempre deseoso de encumbrar a su héroe, cosa que no fue así. De cualquier modo, Juliano era un buen conocedor de sus hombres y un gran militar, y como hemos dicho ya, los consejos no eran equivocados. Recuérdese que en el decisivo día de la batalla de Adrianópolis, el 9 de agosto de 378, Valente cometió el gran error de mandar su ejército a la refriega tras haber marchado bajo el ardiente sol estival y sin haber tomado la comida del mediodía; los soldados romanos tuvieron que luchar sin descanso ni agua, atormentados



otra cosa muy distinta es que en sus tropas reinase un franco optimismo, al que se veían movidos por el comportamiento de los bárbaros en las acciones anteriores y por la facilidad con la que se habían conseguido los objetivos hasta entonces<sup>764</sup>. Pero la situación desde el año anterior había cambiado sustancialmente; ahora las rencillas tribales entre los diferentes caudillos bárbaros, fenómeno cotidiano en ese tipo de grupos, ya habían amainado inteligentemente con vistas a enfrentarse al enemigo común, y la desastrosa actuación del otro ejército romano insufló grandes ánimos en la moral de los alamanes, que vieron en la fuga desordenada de Barbatió el preludio a su desquite y su éxito absoluto<sup>765</sup>.

El César, como haría cualquier avezado y sensato comandante romano, se dispuso en primer lugar a ocupar una posición favorable. Desde unas colinas, un grupo de tres merodeadores a caballo estaban espiándoles, y los exploradores galos logran dispersarlos y atrapar a un infante que les acompañaba y que obviamente no pudo huir junto a ellos<sup>766</sup>. Por la información obtenida, confirmaron en ese momento que el grueso principal de la horda enemiga estaba muy cerca, y los jinetes exploradores seguramente habrán marchado ya al galope para avisar de la proximidad de los romanos. Tras depositar a los animales de carga y la impedimenta en las colinas, a buen recaudo<sup>767</sup>, las fuerzas romanas se preparan a formar para la

---

además por las hogueras que los godos encendieron (Cf. AMIANO MARCELINO XXXI 12, 13; XXXI 13, 7). Estas condiciones, unidas al calor y el humo de los fuegos, resultaron decisivas con seguridad, y contribuyeron a la aniquilación del ejército de Oriente. Además, ya desde su niñez, en la que se empapó del mundo heroico griego con abundante literatura, Juliano aprendió casi de memoria la *Iliada* de HOMERO, donde se puede apreciar el consejo de Ulises para que los aqueos no marchen al combate en ayunas (XIX 155-175), figura que se repite a menudo en la obra del poeta ciego: “*No es posible acallar el estómago hambriento*”, o “*pero el vientre perverso me empuja*”. Cf. HOMERO, *Odisea* XVII 286 y XVIII 53-54, respectivamente). Este mismo consejo de comer algo antes de la batalla nos ha sido transmitido por VEGECIO (III 11).

<sup>764</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 15.

<sup>765</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 16.

<sup>766</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 19.

<sup>767</sup> Se siguieron las pautas que aparecen en MAURICIO V 1 y VII 2, 9 acerca de los equipajes y la reserva de mulas y caballos, que son acompañados por un cierto número de sirvientes y guardados por alguna formación de infantería en un emplazamiento seguro y no muy expuesto a la batalla campal, ya que allí se

batalla, y se despliegan sobre una suave cuesta donde la pendiente les favorece, creando una buena posición defensiva: seguramente se trataba de la parte más suave de una o dos de las faldas de esas colinas<sup>768</sup>.

El César se coloca en el ala derecha<sup>769</sup>, mientras que su *magister equitum* Severo recibe el mando del ala izquierda<sup>770</sup>. Juliano dispuso a los auxiliares en primera línea, para que inicialmente la infantería ligera comenzase a hostigar con proyectiles a la formación enemiga<sup>771</sup>. La caballería se dispone en las alas, sobre todo en la derecha<sup>772</sup>. No obstante, todo el armazón del ejército galo en ese día estaba estructurado entorno a los *Primanii*, y en esta escogida unidad de infantería pesada depositó el César todas sus esperanzas para mantener el terreno y guardar compactas

---

encuentran las pertenencias y familiares de los soldados. No tenemos noticia alguna de que en el ejército galo de 357 fuese acompañado por mujeres o familiares, por lo que seguramente esa circunstancia no se dio; que sepamos, aparte de los sirvientes, Juliano tampoco dejó formación militar alguna atrás para proteger su impedimenta, a no ser que una oscura alusión retórica de LIBANIO (XVIII 59) nos indique lo contrario. De cualquier modo, el ejército bizantino de entorno al año 600 formaba para la batalla esencialmente con la caballería, y por eso resulta plausible que encargase a las unidades de infantería la protección de los bagajes. MAURICIO (V 5) también alerta de que esta parte del ejército, junto a los mozos y criados, sea colocada en el medio y esté así permanentemente protegida por los soldados, por ser vulnerable y a la vez de vital importancia. Juliano también cumplía este precepto (AMIANO MARCELINO XXIV 1, 4).

<sup>768</sup> Dentro de las doctrinas bélicas romanas, la consecución de una posición ventajosa y favorable en el campo de batalla resultaba esencial. Cf. VEGECIO III 13. MAURICIO (VIII 2, 76) también señala la necesidad de ocupar cualesquiera colinas presentes en el campo de batalla antes que el enemigo.

<sup>769</sup> Según VEGECIO (III 18), Juliano se dispuso en el lugar correcto y conforme acordemente a su rango de general supremo, “*pues desde ese lugar se domina toda la formación, y desde él se puede mover uno rápida y libremente*”.

<sup>770</sup> Para MAURICIO (II 16) los oficiales superiores deben disponerse en lugares seguros, para que no se enzarquen en la lucha y puedan caer en la batalla, lo que desmoralizaría a los soldados. Como sabemos, Juliano no siempre cumplía esta premisa bizantina, sino más bien todo lo contrario. En la disposición de VEGECIO (III 18) el la izquierda debe situarse el tercer general, “*que ha de ser valeroso y prudente, puesto que la parte izquierda es más difícil, y la más débil de la formación*”.

<sup>771</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 43. Los *Batavi*, *Cornutii*, *Bracchiatti* y dos regimientos de *Regii* fueron colocados en primera línea, esto es, se puso en vanguardia al grueso del ejército. La infantería ligera estaba interpretando su papel tradicional de provocar y desgastar al enemigo desde larga distancia para obligarlo a atacar (Cf. VEGECIO III 14).

<sup>772</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 7. Posiblemente también estuviesen presentes en esta batalla los *Sagittarii Nervii Gallicani* ya mencionados anteriormente (Cf. NOTITIA DIGNITATUM Occ. VII). El esquema utilizado por el César sigue aquí también, de modo bastante acorde y uniforme, los preceptos de VEGECIO (II 15 y III 16) y MAURICIO (XII B 13 y 23).

las fuerzas galas<sup>773</sup>. Como se verá, fue una decisión acertada, y estos soldados distinguidos no defraudarán a su emperador<sup>774</sup>. La gran masa de los combatientes fue dispuesta para entrar en contacto con el enemigo, aunque no por ello se dejó todo el resultado de la pugna al azar, o a un primer golpe que terminase con todo, lo que resultaba obviamente imposible, sino previendo cualquier eventualidad con apoyos y una magnífica reserva<sup>775</sup>. Por otra parte, Juliano dispuso de una fuerza de 600 catafractos para usarlos como su arma secreta en un momento puntual de la batalla, aunque en este caso la actuación de esas tropas de caballería pesada fue decepcionante y fracasaron por completo<sup>776</sup>. Tras exhortar el César de nuevo a sus tropas<sup>777</sup>, todo estaba listo para el comienzo.

Los alamanes, por su parte, gracias a los informes del desertor, supieron bastante acerca de la disposición eventual del ejército romano y de sus medios, por lo que colocaron a su caballería ligera enfrente de la romana y de este modo confeccionaron su orden de batalla<sup>778</sup>; mezclaron

---

<sup>773</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 49; R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 16. Indica que posiblemente estos *Primanii* sean una unidad desgranada de la *Legio I Italica*. Los *Primanii* están reflejados en la NOTITIA DIGNITATUM, *Occ.* V. M. MIELCZAREK, *op. cit.*, p. 96, afirma, basándose en dos pasajes de AMIANO MARCELINO (XVI 12, 37 y 44) que de hecho Juliano formó una “falange” para repeler los ataques bárbaros; el término no nos parece adecuado, pues realmente se utilizó el *testudo* romano, evolucionando el ejército galo, en todo momento, de modo ajeno a las tácticas griegas o macedonias y sí al estilo legionario.

<sup>774</sup> MAURICIO II, 1: “*La primera línea peleará más voluntariosamente sabiendo que su retaguardia está protegida por la segunda línea*”. VEGECIO I 20 y muy especialmente II 17: “*Entablada la lucha la infantería pesada debe permanecer inmóvil como una muralla*”, idea también expresada por AMIANO MARCELINO XVI 12, 20. Cf. R. S. CROMWELL, *op. cit.*, pp. 16 y 21.

<sup>775</sup> Los soldados luchan con más coraje si saben que está arropados y pueden contar con apoyos y un lugar seguro donde retirarse si la situación les resultaba muy adversa (esto es, la segunda línea que les cubrirá y protegerá cerrando las filas frente a sus perseguidores). Tener a sus camaradas cerca era sin duda tranquilizador, más aún contando con que hasta ese momento había permanecido frescos y descansados y podían intervenir con mayor eficacia. Cf. VEGECIO II 15 y 17.

<sup>776</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 38. ZÓSIMO III 3, 4. En la NOTITIA DIGNITATUM figuran muy pocas unidades de caballería pesada en el Oeste; encontramos a los *Equites Cataphractarii Iuniores* (*Occ.* VII) y a los *Equites Cataphractarii* estacionados en Morbio (*Occ.* XL), ambas unidades estacionadas en las islas, la segunda de ellas bajo el mando directo del *Dux Britanniae*.

<sup>777</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 18. Juliano se expresó de manera bastante acorde con lo manifestado en MAURICIO VII 4 y VEGECIO III 12. Para el tema, véase C. T. H. R. EHRHARDT, “*Speeches before battle?*” *Historia* 42 (1993), pp. 120-121. Cf. también la n. 388.

<sup>778</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 21. No hay que olvidar, como frecuentemente se hace, que el permanente contacto con el arte militar romano había producido a través de los siglos una lenta pero continua mejoría de la capacidad bélica de los pueblos germanos, especialmente aquellos del Oeste (Cf.

también a sus mejores jinetes con soldados de a pie, pues tenían la esperanza de arrastrarse con subterfugio entre el choque y el fragor del combate para cortar las patas y destripar desde el suelo a los caballos o matar fácilmente a los caballeros caídos e indefensos<sup>779</sup>. El joven pero audaz Serapión, o Agenarico, se situó en el ala derecha, lo que revela su posición preclara en el estamento real de su pueblo y el importante mando que ostentaba en la batalla. Cnodomario por su parte se colocó en la izquierda, para combatir a caballo. El grueso de los guerreros alamanes, la infantería, esperarían su oportunidad en el centro. Desconocemos dónde o cómo se situaron en primera instancia el resto de reyes y príncipes. Globalmente, el ejército bárbaro adoptó el ya tradicional esquema germánico de formación cerrada cuadrada y ataque en cuña, pero de ningún modo podía compararse este sistema, ni en efectividad ni en morfología, al método del mismo nombre que los romanos también usaban y que es denominado por Amiano *caput porci*<sup>780</sup>.

---

G. A. CRUMP, *op. cit.*, p. 45; posibilidad también señalada por R. C. BLOCKLEY, en A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge Ancient...op. cit.*, pp. 413 y 418).

<sup>779</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 22. Paradójicamente, esa táctica había sido utilizada siglos antes contra la caballería pesada por los propios galos, aunque en este caso por los galos de Asia Menor aliados de Roma bajo el mando de Publio Licinio Craso (Cf. PLUTARCO, *Vida de Craso* XXV, 8). Los romanos, con una deficiencia crónica en caballería, utilizaron a menudo este método contra enemigos potentes en ese arma; incluso ya en la época tardía, la práctica es recogida por VEGECIO III 16, que la denomina *infantería de despliegue*, aconsejando que sean entrenados para formar parte de ella los jóvenes soldados más veloces, colocando a cada uno de ellos entre dos jinetes, con escudos muy ligeros, espadas y proyectiles.

<sup>780</sup> Cf. AMIANO MARCELINO XVII 13, 9 y VEGECIO III 19. La “cabeza de cerdo” funcionaba como una eficaz e irresistible fuerza de choque en punta que arrasaba virtualmente cualquier formación de infantería contraria, siempre que fuese realizada por unas tropas entrenadas y llenas de disciplina; cuando era realizada por un pueblo bárbaro, no era muy diferente de una horda anárquica que se lanzaba sin control y a toda velocidad con la esperanza de romper el frente contrario, fenómeno que no era ninguna dificultad para las legiones, que con su abrumadora superioridad táctica podían envolver y derrotar fácilmente a estas formaciones. Cf. A. FERRILL, *op. cit.*, p. 37. En este mismo sentido, A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 407. Véase también S. MACDOWALL & G. EMBLETON, *op. cit.*, p. 31; S. MACDOWALL & A. McBRIDE, *op. cit.*, pp. 32, 47. El *caput porci* siguió siendo utilizado en la Alta Edad Media por los vikingos del siglo VIII, que lo llamaban *svynfylking*; según su tradición nórdica, habían aprendido esta táctica del mismo dios Odín (Cf. S. ANGLIM, P. G. JESTICE, R. S. RICE, S. M. RUSCH y J. SERRATI, *op. cit.*, p. 72). Parece que en cierta ocasión, 300 soldados de la guarnición de Roma utilizaron esta técnica para llegarse a palacio desde sus cuarteles y asesinar al emperador (Cf. HISTORIA AUGUSTA, *Pértinax* 11, 1).

Así, Juliano ordenó a su ejército que comenzara a avanzar, pero muy pronto el avezado y experto Severo detecta una emboscada en el ala izquierda y detiene su progresión<sup>781</sup>; efectivamente, aprovechando la existencia de un canal cenagoso y de grandes cañaverales, una fuerza importante de alamanes camuflados había dispuesto escondidas allí ciertas fortificaciones rudimentarias y algunas celadas, con la esperanza de atacar a los romanos por el flanco y la retaguardia. Igualmente, otra cantidad de trampas habían sido dispuestas de modo similar por la derecha del campo de batalla<sup>782</sup>.

Las hostilidades se iniciaron con las habituales descargas de proyectiles y flechas<sup>783</sup>; sabemos que los bárbaros realizaron un formidable ataque a distancia con dardos, pero las fuerzas romanas aguantaron en formación sólida y densa, cubriéndose con los grandes escudos, que seguían siendo vitales en todo momento. Juliano, mientras, sin hacer mucho caso de todo ello, se desplazaba a caballo por la línea romana rodeado de su escolta, revisando visualmente la colocación de las tropas y exhortando a cada unidad por separado a mantener el terreno y a luchar en

---

<sup>781</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 27. A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 407. Nótese otra vez como los bárbaros conocían a la perfección el terreno que utilizaban, después de casi siete años de recorrerlo impunemente en todas direcciones; Cnodomario eligió a ciencia cierta ese mismo lugar en el río para hacer cruzar a sus hombres, porque lo conocía y tuvo que parecerle el más idóneo. Las maniobras rápidas para efectuar emboscadas, preparar trampas y escapar fácilmente de las fuerzas romanas serán una constante hasta 360, lo que demuestra su gran dominio de esas tierras.

<sup>782</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 23. Este venía siendo un uso ya normal entre los pueblos bárbaros, como se verá en el capítulo dedicado a las campañas militares de Juliano. El César aquí no tuvo ocasión de seguir el consejo de MAURICIO VII 2, 13 y 16 de mandar patrullas y exploradores montados para reconocer el terreno y descubrir posibles emboscadas o trampas; los acontecimientos y el encuentro súbito con el enemigo se lo impidieron. Es posible que algunas de esas trampas se trataran de los famosos “tríbolos” descritos en PROCOPIO VII 24, 16-19.

<sup>783</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 29. VEGECIO (I 13-14, I 16; II 23) pone mucho interés en que los soldados de su tiempo aprendan a utilizar correctamente tanto las armas arrojadas como los arcos; asimismo, propugna la utilización masiva de hondas, arma efectiva y muy funcional por su gran economía y nulo peso. Aunque se ha considerado muchas veces como un anacronismo, se puede observar que estas unidades de honderos (*funditores*) no habían desaparecido del ejército romano (NOTITIA DIGNITATUM Or. VII). MAURICIO (XII B 3) las menciona igualmente como un útil instrumento bélico. El gran ejército que Juliano reunió para su invasión de Persia en 363 usaba igualmente piedras como armas arrojadas. Véase la descripción de ZÓSIMO (III 21, 2) para el asedio por parte de los romanos de la plaza fuerte de Besuqui.

la hora decisiva con valor y entrega, llegándose finalmente hasta los portaestandartes<sup>784</sup>.

En ese momento, de entre las formaciones de guerreros alamanes surgió un griterío recriminador: la infantería demanda que los jefes y caudillos desmonten y se mezclen con ellos para combatir a pie, en una muestra muy evidente de que no confiaban en ellos en absoluto; si el resultado de la batalla se tornase adverso, los reyes y sus séquitos podían de lo contrario abandonar fácilmente al galope el campo, dejando a la infantería desamparada y a su suerte, posibilidad que no estaban dispuestos a soportar. Pero dice Amiano que todos los grandes señores alamanes accedieron a la petición de los plebeyos y se colocaron con los guerreros, pues estaban seguros de que la victoria no se les podía escapar<sup>785</sup>. No obstante, las cosas empiezan a no parecer demasiado fáciles, y en la izquierda, entre grandes descargas de proyectiles, Severo consigue desbaratar la celada de los bárbaros y pone en fuga a sus enemigos: el camino ahora está expedito, y tras derrotar a los oponentes, esa ala del ejército continúa avanzando en buen orden. Pero en la derecha de Juliano las cosas no van tan bien; frente a los continuados ataques alamanes y la lluvia de proyectiles, la caballería, y muy especialmente los catafractos,

<sup>784</sup> AMIANO MARCELINO XVI 28-34. En este pasaje hay una clara evocación de SALUSTIO, *La Conjura de Catilina* XX 6. Para las insignias imperiales en este encuentro, véase D. WOODS, "On the 'Standard-Bearers' at Strasbourg: Libanius, Or. XVIII 58-66". *Mnemosyne* 50 (1997), pp. 479-80.

<sup>785</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 34-35. Efectivamente, de todos los caudillos bárbaros, cinco reyes y los diez príncipes desmontaron y pelearon como infantería en el centro. Podemos encontrar otro reproche a los generales que permanecen montados y abandonan a la infantería cuando llega la hora de la lucha en PROCOPIO, V 28, 25; en este caso son dos lanceros del ejército bizantino, Enes y Principio, los que describen tal comportamiento en una arenga a Belisario, que desconfiaba del valor de su infantería. Ambos soldados argumentan que tales formaciones no pueden pelear con buen ánimo y fe, sabiendo muy a las claras que sus jefes están dispuestos y preparados para huir y traicionarlos. Este fenómeno quizá esté relacionado con la barbarización del ejército, pues tradicionalmente en Roma los generales y emperadores por igual tenían como punto extremadamente odioso no hacer lo posible y lo imposible para ayudar y proteger a sus tropas, vigilarlos (pero también cuidarlos) e incluso compartir plenamente sus dificultades, trabajos y padecimientos (Cf. PLUTARCO, *Mario* 7; ya en el periodo imperial, pondremos el ejemplo de Caracalla: HERODIANO IV 7, 4-7; DIÓN CASIO LXXVIII 11, 2-3). Especialmente al final de la Edad Media ya se convirtió en una costumbre ver a los Hombres de Armas peleando desmontados, en lugar de cargar a caballo; así, Enrique V y sus caballeros en Azincourt, en 1415. Cf. la n. 881 al capítulo "Estructura del Ejército Romano en el siglo IV".

comienza a flaquear y perder la posición, para finalmente entrar en un estado de pánico y comenzar a abandonar el campo<sup>786</sup>. Pese a ver el desastre fraguándose a su derecha, y es muy importante señalarlo, la infantería romana aguantó impávida y disciplinada, aliviando así en cierta medida el caos que se estaba generando; al comprobar que las legiones se mantenían firmes, algunos jinetes recuperan la calma y comienzan a reagruparse de nuevo tras las murallas de escudos de los soldados<sup>787</sup>. El César, que se encontraba presente en ese sector, se lanzó hacia el desbarajuste, “*para contenerles como si se tratase de una barrera*”<sup>788</sup>. Intentó convencer a las tropas de que regresasen a la batalla, pero en este caso no podemos estar seguros de si obtuvo éxito o no, y en caso afirmativo, si este fue completo<sup>789</sup>. Pero en este preciso momento cabe destacar un detalle muy interesante: cuando Juliano se detiene frente a los caballeros que huyen, Amiano dice que reconocieron al César porque portaba el dragón, esto es, una de las insignias más importantes del ejército

---

<sup>786</sup> El tribuno de la caballería acorazada, Inocencio, estaba ligeramente herido, y uno de los jinetes recubiertos de pesada armadura se escurrió por el cuello de su montura y cayó al suelo, seguramente, como indica A. GOLDSWORTHY, (*op. cit.*, p. 408), por el peso agobiante para el animal de su malla y la de su jinete; solamente esto fue suficiente para generar la desbandada, ciertamente inoportuna y exagerada. Pese a que era verano, el repentino cansancio de esta unidad nos hace extrañarnos, pues este tipo de tropas abundaba abrumadoramente en Oriente, donde las temperaturas, y más aún en esa época del año, eran tórridas comparadas con las del (relativamente) fresco estío gálico. Por el contrario, M. MIELCZAREK (*op. cit.*, p. 50) ve muy comprensible la reacción de estas tropas, ya que juzga esencial para la propia supervivencia de los catafractos mantener la cohesión a toda costa y no desordenarse, pues “*When the ranks were broken, the array changed into a mass of horses and men easy to defeat*”.

<sup>787</sup> Para el éxito de Severo y el desmoronamiento de la caballería romana, Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 36; LIBANIO XVIII 56-58.

<sup>788</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 38. Esta actitud de Juliano en combate se había puesto de manifiesto en varias ocasiones, como queda expuesto en AMIANO MARCELINO XXV 4, 10.

<sup>789</sup> Mientras que AMIANO MARCELINO (XVI 12, 40-41) indica que la acción de Juliano fue memorable y que “*gracias a estas afortunadas palabras, animó a todos a enfrentarse de nuevo al esfuerzo de la lucha*”, ZÓSIMO (III 3, 4) afirma que ni la misma presencia del emperador evitó que estas unidades huyesen, abandonando definitivamente la pugna. Posteriormente fueron castigados por su comportamiento con extrema dureza. Por su parte, LIBANIO (XVIII 59) enlaza el regreso de la caballería a la gran actuación de Severo en el ala izquierda, y plantea la situación de este modo: “*Una vez escucharon estas palabras [las de Juliano] y vieron estos hechos, avergonzándose de lo primero y regocijándose de lo segundo, se revolviéron y trabaron combate de nuevo*”. LIBANIO (XVIII 66) también menciona el castigo para los cobardes. Tuvo que resultar muy difícil arengar a los jinetes en desbandada, y seguramente debemos imaginar que de ser cierto Juliano gritaba con todas sus fuerzas mientras a la vez movía su propia montura y giraba la cabeza hacia todos lados esperando vislumbrar la situación de sus fuerzas de caballería.

romano tardío<sup>790</sup>. En este caso, se puede conjeturar que la armadura completa que portaba Juliano, quizá por su rango y dignidad especiales, acarreaba consigo un yelmo que ocultaba totalmente el rostro y la cabeza del portador, al estilo clibanario y ya preconizando el equipamiento y armadura plenamente medieval<sup>791</sup>. De cualquier modo, nos encontramos aquí ante otro de los esfuerzos de Juliano, mostrando su madera de líder y esforzándose al máximo por enderezar una batalla que no estaba marchando del todo bien<sup>792</sup>. Sin poder alcanzar un veredicto plausible para el resultado de su muestra de audacia, nos queda sólo reanudar el análisis pormenorizado de la batalla tal y como continuó desarrollándose; aun contando con la opción más pesimista y pasando a considerar que toda la caballería pesada escapó, en ningún caso este particular afectó al destino final de la batalla. Nosotros nos inclinamos a pensar que al menos una parte de la caballería romana llegó a reagruparse en la seguridad de la retaguardia, pero como muy bien indica A. Goldsworthy, en todo caso su papel desde ese momento hasta el final del encuentro pasó a ser meramente testimonial y secundario<sup>793</sup>. Por su parte, los alamanes, ahora que habían logrado rechazar el ala derecha y que los romanos se encontraban

<sup>790</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 39. Para el Dragón (*draco*), VEGETIO II 7 y MAURICIO XII B 7. Cf. también G. RAVEGNANI, *Soldati di Bisanzio in età Giustiniana*. Roma 1988 p. 38; K. DIXON & P. SOUTHERN, *op. cit.*, pp. 62 y 126; P. WILCOX, R. TREVIÑO, A. McBRIDE, G. EMBLETON, *Barbarians Against Rome. Rome's Celtic, Germanic, Spanish and Gallic enemies*. Oxford, Osprey 2000, p. 24; F. QUESADA SANZ, "Estandartes Militares en el Mundo Antiguo". *Aquila Legionis* 8 2007, pp. 101-104. Posiblemente se trataba de un estandarte de origen sármata, adoptado por los militares ilirios.

<sup>791</sup> Juliano también aparece descrito llevando una pesada armadura completa en MAMERTINO IV 4. Para la armadura romana tardía, véase H. R. ROBINSON, *The Armour of Imperial Rome*. London, 1975; P. SOUTHERN & K. DIXON, *op. cit.*, pp. 96-99.

<sup>792</sup> Podemos comprobar como Juliano en ocasiones dista de parecerse al general modélico que describe MAURICIO (VII 1, 1; VII 2, 1; XII B 11). No se limita a observar desde un lugar seguro si no que se inmiscuye completamente en la acción desdeñando su seguridad personal (Cf. AMIANO MARCELINO XXV 4, 10, que se refiere tanto a Germania como a Persia) siguiendo el ejemplo de otro de los personajes históricos admirados por el César, Catón de Útica (Cf. JULIANO, *Misopogon* 358a; *Carta a Temistio* 256a-c. Véase la similitud que se apreciaba a veces en sus actitudes en PLUTARCO, *Vidas Paralelas. Catón el Menor* XXII-XXV).

<sup>793</sup> A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 409. De cualquier modo, este autor indica con perspicacia que en ningún momento la caballería de los bárbaros pudo flanquear o envolver a las legiones romanas, por lo que lo más posible es que quedase al menos suficiente caballería romana todavía en el campo como para bloquear a la de los alamanes. MAURICIO (XII B 13) menciona que en tales situaciones, la caballería debe reunirse y reagruparse en la retaguardia, protegida por las líneas de infantería, como se hizo (al menos en parte) en esta ocasión.



eventualmente sin caballería, se lanzaron a hundir el frente enemigo, una poderosa carga de infantería que llegó al cuerpo a cuerpo con la esperanza de que todo el resorte defensivo del ejército galo saltase en pedazos al primer golpe<sup>794</sup>.

Seguidamente se desencadenó una pugna larga y costosa en la que las jabalinas y lanzas dejaron paso finalmente a las armas más cortas, todo ello a la vez que se levantaban terribles polvaredas que dificultaban en grado extremo la visión. El *barritus*, el grito de guerra de origen germánico, resonaba ahora entre las filas romanas, mientras los *Cornuti* y *Bracchiati* se preparaban para el combate<sup>795</sup>. Finalmente, y tras cargar

---

<sup>794</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 42. Quizás se trató del momento más complicado para Juliano en toda la batalla. Curiosamente, MAURICIO (VIII 2, 59) proclama: “*el mejor comandante es el que puede inculcar coraje en el momento correcto y retener la huida precipitada de soldados asustados*”.

<sup>795</sup> Este grito de guerra es el *barritus*, que “*en mitad del fragor de la lucha, comienza como un tenue susurro y, poco a poco, va cobrando fuerza, semejante a las olas que chocan contra los escollos*”. Cf. AMIANO MARCELINO XVI 12, 43 y XXXI 7, 11; TÁCITO, *Germania* III 1, 1. “Una ondulante canción de guerra importada desde Germania”, nos dice R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 16, añadiendo que en tiempos de Juliano el ejército en batalla combinaba este grito de guerra con un rítmico canto de los nombres de los dioses. También señala que, en el calor de la batalla, algunas veces las tropas paganas de Juliano atisbaban la gigantesca figura de un soldado sobrenatural que se trataba del mismo Marte venido a la tierra. La noticia está sacada de AMIANO MARCELINO XXIV 4, 24, donde se dice que este guerrero divino ayudó a los romanos en el sitio de Maiozamalcha (363), lanzando escalas contra los muros de la ciudad. En una fecha tan posterior como 1586, en el sitio de Amberes, los soldados españoles de Alejandro Farnesio afirmaban haber visto en la batalla final a un Santiago cubierto de sangre, luchando junto a ellos y abatiendo con su espada a los aterrorizados herejes holandeses. Los romanos adoptaron el “grito de guerra”, y por ello es erróneo considerar que la mayoría de los legionarios eran germanos únicamente por este detalle (como hacen S. ANGLIM, P. G. JESTICE, R. S. RICE, S. M. RUSCH y J. SERRATI, *op. cit.*, p. 70). El aire filtrándose ululante por las bocas de los estandartes-dragones y los soldados mugiendo y rugiendo contra sus enormes escudos para aprovechar la reverberación estentórea del sonido, tuvieron que producir un estruendo aterrador que contrasta radicalmente con lo consignado en el *Strategikon* de MAURICIO, II 8, donde llama al “grito de guerra” *Nobiscum* (imaginamos que por la expresión cristiana *Deus Nobiscum* que ya aparece en VEGECIO III 5). Esta práctica aparece desechada por peligrosa e inútil, según los bizantinos, pues los ejércitos formados casi íntegramente por caballería del siglo VII se desordenan con el clamor y la batahola, asustando a los caballos y quizá acobardando a los reclutas más pusilánimes. En lugar de eso, el ejército debe rezar, guiado por sus clérigos y generales, el *Kyrie Eleison* (Señor, ten piedad). El ejército debe marchar en absoluto silencio desde que abandona el campamento hasta que llega al campo de batalla, pero puede gritar y animar a sus camaradas (especialmente desde la segunda línea y muy al estilo griego y también homérico) una vez que se vislumbra al enemigo, para dar coraje a los suyos y poner nerviosos a los rivales. Esa marcha silenciosa durante las campañas, algo parecido a una “guerra muda”, ya fue atestiguada por JUAN CRISÓSTOMO (*Homilía* XVII, 2). De cualquier modo, el ejército bizantino, heredero del ejército romano de Oriente, ya mayoritariamente cristiano desde años atrás, pone en práctica unos usos acordes a su formación cultural y étnica, que en este caso son imposibles de aplicar a unas tropas como las de Juliano, completamente paganas y con una pervivencia y porcentaje celta y germánico muy grande (recordamos la noticia de ZÓSIMO II 29, 5 en la que informa sobre la visita de Constantino I a Roma en 326; el ejército del Rin seguía siendo pagano casi en su totalidad, pese a la conversión de su señor). En Occidente la tradición

repetidas veces, los alamanes lograron romper el frente romano y crear una brecha en la primera línea; pero con su gran acometida perdieron definitivamente la poca cohesión que la infantería bárbara pudiese conservar todavía a esas alturas de la batalla, y los guerreros se desordenaron, pasando simplemente a luchar en grupos separados entre sí presionando hacia delante sin mucho sentido<sup>796</sup>. La “tortuga” flaqueaba ahora, pero al contemplar el peligro de lo acontecido en la primera línea, los *Batavi* y los *Regii* se precipitaron en ayuda de sus camaradas<sup>797</sup>. La línea de batalla había podido ser reestablecida, aunque con mucha dificultad, aunque los ataques alamanes embistiendo hacia delante no habían hecho más que empezar. Con los proyectiles todavía cayendo por doquier, según Amiano, los bárbaros formaron una especie de vendaval que sacudía con violencia la formación romana, que pese a ello aguantaba<sup>798</sup>.

A continuación, el relato de Amiano se recrea en un breve paréntesis alegórico y descriptivo, comparando ambos contingentes y señalando las virtudes de unos y otros en un momento tan clave, quizás para mantener la tensión literaria o quizás para adornar retóricamente su narración<sup>799</sup>. El resultado, desde el punto de vista de un militar romano, no podía ser otro: los bárbaros son más osados, y poderosos, de una altura y fuerza superior, mientras que los romanos son más disciplinados y valerosos; los alamanes

---

militar era completamente distinta, como puede apreciarse. Por su parte VEGECIO (III 18) está de acuerdo con el “barrito” al estilo germánico, pero puntualizando que no debe realizarse antes del choque, “*pues vociferar de lejos es propio de inexpertos y cobardes*”. MAURICIO volverá a insistir obstinadamente pidiendo un silencio completo en XII B 17, 22 y 24, pero reconoce que esta práctica puede aterrorizar al enemigo si se hace fuerte y correctamente en VIII 2, 46. Otro contemporáneo que menciona al ejército bizantino marchando calmo y en silencio es TEOFILACTO (V 9, 6-7).

<sup>796</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 44.

<sup>797</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 45. MAURICIO (VIII 2, 82) también destaca la importancia de que las tropas formen en varias líneas que puedan auxiliarse, como en este caso. Para estas unidades, véase D. VAN BERCHEM, N. J. NICASIE, citados *supra*.

<sup>798</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 46. Nosotros consideramos que, de haber continuado el intercambio de proyectiles y armas arrojadas de ese modo, hubiese sido muy fácil hacer blanco en los propios camaradas, ya que se había llegado a una lucha frontal palmo y palmo, donde toda precisión de flechas o jabalinas pasaba a ser totalmente azarosa.

<sup>799</sup> Cf. A. D. LEE, en A. CAMERON, P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge...op. cit.*, p. 212; R. C. BLOCKLEY, “Ammianus Marcellinus on the battle...” *art. Cit.*, pp. 223-224.

se lanzan al combate con osadía extrema y derrochando su fuerza en los primeros golpes, mientras que los romanos tienen sangre fría, y por su gran experiencia son precavidos y luchan con calma, dosificando las energías, de ahí su superioridad<sup>800</sup>. Quizá por estos mismos estilos de hacer la guerra, conforme va pasando el tiempo los bárbaros comienzan a flaquear; por ello varias unidades romanas resurgen y recuperan el terreno cedido, avanzando siempre de manera compacta<sup>801</sup>. En este momento culminante de equilibrio de fuerzas, y contemplando que la masa de sus guerreros comenzaba a cansarse visiblemente y la formación romana no mostraba demasiadas señales de ceder, los propios reyes y príncipes de los alamanes, acompañados por sus séquitos aristocráticos de familiares formados por guerreros de elite, se lanzaron contra la línea del ejército galo, en un desesperado intento por lograr un giro decisivo que decantase a su lado la balanza de la batalla<sup>802</sup>. Sabemos que el séquito personal de Cnodomario contaba con 200 guerreros<sup>803</sup>, pero otros príncipes y caudillos menores, así como los reyes menos importantes, debieron gozar de guardias mucho más modestas<sup>804</sup>. No obstante, la calidad de estos guerreros y su mayor frescura, puesto que no habían participado todavía en la pugna, decantó la suerte hacia los bárbaros momentáneamente, y la *cuña real* penetró de ese modo en la formación romana. Los guerreros que pudieron siguieron a sus señores a través del boquete, en lo que suponemos debió ser el momento álgido del evento<sup>805</sup>. Parecía que en verdad tenían una oportunidad de ganar la batalla, pero entonces entró en funcionamiento el dispositivo diseñado

---

<sup>800</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 47.

<sup>801</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 48.

<sup>802</sup> A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 405, afirma que estos contingentes serían tan sólo *semiprofesionales*, mientras que nosotros pensamos que ya debía existir una clase dirigente enriquecida por las rapiñas y saqueos, por lo que podrían mantener pequeños grupos de guerreros mediante un sistema de lazos familiares y reparto de bienes. Para dichas estructuras de clientelas en los pueblos germánicos, véase D. PÉREZ SÁNCHEZ, *El ejército en la sociedad visigoda*. Salamanca 1989 pp. 24-27; Cf. también P. HEATHER, *Goths and Romans 332 – 489*. Oxford 1992.

<sup>803</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 60.

<sup>804</sup> A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 405.

<sup>805</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 49.

por Juliano; para hacer frente a una combativa pero mermada y desgastada horda de alamanes cargando, se encontraban los *Primanii*, una legión de infantería pesada presta a recibir el empuje de los bárbaros, aguantando la formación con sus poderosos escudos, “*como torres*”<sup>806</sup>. Allí, frente a estas tropas excelentes, los alamanes de Cnodomario chocaron y se detuvieron para siempre<sup>807</sup>.

Atacando ya de forma desesperada, los alamanes tuvieron que proceder a mandobles para tratar de abrir el frente romano, circunstancia que fue aprovechada por los *Primanii* para causar enormes bajas entre los bárbaros, que dejaban al descubierto el pecho y costado al lanzar grandes tajos con el filo. Vemos que las técnicas de combate tradicionales permanecían en plena vigencia, al menos en estas legiones<sup>808</sup>. El último

---

<sup>806</sup> Resulta curioso como esta metáfora de AMIANO MARCELINO (XVI 12, 49) sobre la altura de los legionarios de primera línea se corresponde con una exacta explicación de MAURICIO (XII B 9), que aconseja colocar a la infantería pesada no sólo de acuerdo con sus aptitudes, “*sino también de acuerdo con su estatura. Pues al colocar a los hombres más altos al frente, la línea entera parecerá mucho mejor ordenada e impresionante*”. Para los *Primani*, véase la n. 766 a este capítulo. Considerando el tamaño que debió tener esa unidad, nosotros creemos que una legión *de nuevo cuño* con 1000-1500 hombres hubiese sido a todas luces insuficiente para mantener unido el centro de la formación y anclar todo el ejército galo de Juliano a sus posiciones; un número entorno a los 3000 combatientes quizá estuviese más cercano a la realidad y a las necesidades tácticas del momento.

<sup>807</sup> Resulta sorprendente como en el ANONYMUS DE REBUS BELLICIS (XV 3), obra creada por un autor pagano prácticamente contemporáneo a los hechos, se defiende a ultranza el armamento pesado y la mecanización del ejército como remedios para contrarrestar y derrotar a los bárbaros en el campo de batalla; el soldado romano, según él, debería estar equipado con cota de malla, botas, grebas de hierro, yelmo, escudo, espada y lanza(s). ¿Se está preconizando la guerra medieval por parte de un inventor visionario o por el contrario es una petición nostálgica al regreso de las legiones romanas tradicionales? El autor de esta obra parece disgustado con la proliferación de cuerpos de infantería ligera, y muy en consonancia por la amarga queja que ofrece VEGECIO (I 20), cuando relata cómo Graciano cedió ante los soldados eximiéndolos de utilizar el equipo defensivo pesado. En contra de esta afirmación se muestran K. DIXON & P. SOUTHERN, *op. cit.*, p. 98, considerándola “injustificada”. En Oriente, MAURICIO (XII B 2) se mostraba partidario también de que la infantería pesada se adiestrase en el manejo de la jabalina corta y el dardo arrojadizo lastrado con plomo conocido en el Oeste como “Martióbárbulo” (Cf. VEGECIO I 17).

<sup>808</sup> Sobre la tremenda importancia que tenía en la esgrima romana atacar y herir con la punta, Cf. el testimonio de VEGECIO (I 12): “*Además aprendían a herir no con el corte sino con la punta. Ya que los Romanos, no sólo vencieron fácilmente a los pueblos que luchaban con el corte sino que además se burlaban de ellos. En efecto, el tajo por mucha fuerza que lleve, por lo general no mata, porque las armas y los huesos protegen los órganos vitales; en cambio, la estocada, con que se introduzca dos pulgadas es mortal: y es que resulta imprescindible, para alcanzar los órganos vitales, que penetre algo a fondo. En segundo lugar, al golpear con el corte, quedan al descubierto el brazo y el costado derecho; en cambio la estocada se logra con el cuerpo a cubierto y consigue herir al adversario antes de que se dé cuenta. Por esas razones es sabido que los romanos prefirieron emplear este método para la lucha. Además se les entregaba aquel cañizo y la estaca, de doble peso, para que, cuando el recluta tome las*

intento de ganar el día por parte de los bárbaros tuvo que redundar en una gran sangría de sus mejores guerreros<sup>809</sup>, y cuando las nubes de polvo comenzaron a disiparse, se pudo observar grandes cantidades de heridos, mutilados y muertos apiñados por los suelos, que junto con el cansancio, seguramente estremeció a la hueste de los alamanes que aún quedaba en pie, y se tuvo que pasar en muy poco tiempo a la desbandada que Amiano nos ha dejado descrita con detalle<sup>810</sup>. La huida fue desastrosa y global<sup>811</sup>, y los romanos, llenos de tensión tras horas de combates, se dedicaron a descargar su ansiedad lanzándose a un contraataque en el que se mezcló también el júbilo de la victoria; atrapando a los que huían por la espalda, acabando con diestro y siniestro y rematando a los heridos en el mismo sitio donde los encontraban, muy pronto el terreno se llenó de un barro viscoso y rojizo por la cantidad de sangre derramada<sup>812</sup>. Los grandes montones de cadáveres sólo dejaron finalmente una vía de escapatoria: el río<sup>813</sup>. Y hacia allí huyeron los supervivientes de la matanza, mientras todas las tropas romanas, incluso las unidades de infantería pesada como los *Primanii*, también corrían, deseosas de continuar con la persecución mientras fuese posible<sup>814</sup>. Por su parte, Juliano y otros oficiales a caballo trotaron hasta la misma orilla del Rin, más preocupados en evitar que sus propios hombres, demasiado eufóricos y excitados, llegasen a precipitarse corriendo en las agitadas corrientes del río y se ahogasen como los

---

*armas verdaderas, que eran más ligeras, luchara con mayor seguridad y agilidad como si se sintiera liberado de una carga muy pesada*". Para el entrenamiento de esgrima romano usando palos y mimbres, Cf. VEGECIO I 11 y II 23.

<sup>809</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 50.

<sup>810</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 51.

<sup>811</sup> G. RICCIOTTI, *op. cit.*, p. 111.

<sup>812</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 52-53.

<sup>813</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 54.

<sup>814</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 55. En este caso, la legión no guardó su posición defensiva y desatendió la prudente norma de VEGECIO (II 17) y MAURICIO (XII B 16), donde se afirma que la persecución del enemigo debe ser ejecutada por los honderos, la infantería ligera, los arqueros y la caballería; el peligro evidente de romper la formación y desorganizar el ejército, dejándolo vulnerable a un contraataque, no pasó factura en esta ocasión, donde la cólera y el calor de la batalla movió a la infantería pesada a abandonar sus puestos y realizar una labor para la que realmente no estaba preparada.

bárbaros, bajo el peso de las armas<sup>815</sup>. Las aguas del Rin corrieron también espumosas y rojas, sirviendo como anuncio del resultado de la batalla<sup>816</sup>. Muy poco después se apresó a Cnodomario, que intentaba huir del desastre, y se había escondido en un bosquecillo de una zona pantanosa cercana. Los romanos que le habían detectado le persiguen y cercan en aquel lugar, y el gran caudillo acabó por entregarse; los guerreros de su séquito, quizá por honor y lealtad a su jefe, procedieron a rendirse también<sup>817</sup>. Amiano cuenta como toda su gallardía y arrogancia se había esfumado ya, y suplicará de forma lastimosa postrado frente al César Juliano, una vez llevado a su presencia. En muy pocos días sería enviado al Augusto Constancio<sup>818</sup>.

A continuación, Juliano procedió a reagrupar su ejército con los toques militares correspondientes, y los soldados pudieron entregarse esa noche a una cena de celebración y al descanso<sup>819</sup>. La acción no había durado ni un día entero, pero ofreció la victoria más contundente que se recuerda durante el siglo en Occidente; el ejército galo salió de Tres Tabernas al amanecer<sup>820</sup>, y poco tiempo después de la captura de Cnodomario se puso el sol<sup>821</sup>. Amiano Marcelino, utilizando el conteo de bajas oficial que de seguro pudo consultar en los informes imperiales, nos ofrece la cifra de cuatro tribunos y 243 soldados romanos muertos, mientras que se hallaron los cadáveres en el campo de batalla de 6000

---

<sup>815</sup> A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 410. Pese a que en este momento se dedicaron a calmar la cólera de los soldados enardecidos, se puede considerar que Juliano y sus oficiales sacaron el máximo provecho a su victoria según lo preconizado por MAURICIO (VII 2, 12), ya que el enemigo fue casi completamente destruido.

<sup>816</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 57.

<sup>817</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 58-59.

<sup>818</sup> En contra de lo afirmado por B. ENJUTO SÁNCHEZ, "Reflexiones..." *art. cit.*, p. 259, a Cnodomario no se le ofreció la posibilidad de servir en los *domesticii* o los *protectores*, siendo condenado a muerte de inmediato.

<sup>819</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 62.

<sup>820</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 7.

<sup>821</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 62. LIBANIO XVIII 62

alamanes<sup>822</sup>. Libanio eleva esta cifra hasta los 8000<sup>823</sup>. El número de bárbaros muertos ofrecido por Zósimo es, por supuesto, una exageración<sup>824</sup>. Pero totalizando los alamanes muertos en el campo de batalla y una cantidad semejante de guerreros que tuvo que ahogarse al cruzar el río, podemos ofrecer una cantidad aproximada y bastante razonable de 12.000-16.000 bajas sobre un total de 35.000. En cuanto a los heridos, ninguna fuente menciona una cantidad específica, pero a buen seguro tuvieron que existir en abundancia tanto en un bando como en el otro. Tenemos un curioso pasaje de Libanio en el que se menciona brevemente esta cuestión en particular<sup>825</sup>: “¿Qué fiesta de las que están establecidas entre los

---

<sup>822</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 63. Entre los oficiales romanos caídos en combate se encontraba Laipso, un *rector* sólo mencionado en esta ocasión, que dirigía un regimiento de infantería; el mismo Inocencio que mandaba la caballería pesada pereció finalmente, y con ellos un tribuno vacante cuyo nombre desconocemos.

<sup>823</sup> LIBANIO XVIII 60.

<sup>824</sup> ZÓSIMO III 3, 3. Habla de 60.000 muertos y 60.000 ahogados.

<sup>825</sup> LIBANIO XVIII 63. Según MAURICIO (II 9), entre ocho y diez de los reclutas de cada *tagma* menos habilidosos en el combate, deberían ser utilizados como cuerpo médico, y marchar con rapidez, ropas ligeras y desarmados para recoger y ayudar a los heridos graves, especialmente a los de la primera línea, y también a aquellos que ha sufrido caídas de su caballo. Deberían seguir a su unidad hacia el combate unos cien pies detrás de ella, y evitar que las tropas de la segunda línea pisoteasen y aplastasen a sus compañeros. Por esta función, recibirían una pequeña recompensa en metálico por cada soldado salvado, y en caso de victoria eran ellos los encargados de recoger los despojos y el botín del enemigo, dejando vía libre de este modo a los oficiales superiores para poder continuar con la persecución de la hueste en fuga desordenada. Desconocemos si ya en esa ocasión en el ejército galo de Juliano se encontraba un cuerpo “médico/saqueador” de este estilo, pero nos inclinamos a pensar que efectivamente pudo ser así; tampoco se puede descartar que un soberano tan filantrópico como Juliano enviase a su propio médico y amigo Oribasio a atender a los soldados heridos después de la batalla (aunque realmente podemos afirmar con seguridad si el mentado galeno se encontraba allí, acompañando al César en su campaña. Sabemos que en ocasiones Oribasio se hallaba en Vienne, lejos de la actividad militar. Cf. G.ROCCIOTTI, *op. cit.*, p. 159); años después, el propio emperador de Occidente Valentiniano I actuó de ese mismo modo (Cf. AMIANO MARCELINO XXX 6, 4), enviando a todos sus médicos a atender a los soldados enfermos de peste, de tal modo que cuando sufrió su ataque de apoplejía ninguno estaba a su lado para atenderle, y falleció. Este testimonio conmovedor nos revela a un Valentiniano más humano y sensible, prueba de que Amiano Marcelino lo retrató objetivamente, no ocultando sus defectos terribles ni tampoco evitando señalar sus virtudes o hechos memorables como éste (defectos en XXX 8, virtudes en XXX 9; ¿qué mayor alabanza se podría realizar sobre Valentiniano que compararle con un Trajano o Marco Aurelio si hubiese sido menos envidioso, cruel y colérico, como se dice en XXX 9, 1?). Todo ello en contra de la opinión de F. J. GUZMÁN ARMARIO, *op. cit.*, pp. 114, 137-138, y 147-150, donde no se cansa de repetir la animadversión del historiador de Antioquía contra este personaje. El hecho curioso e inusual de un jefe supremo del ejército muriendo debido a una enfermedad o herida por haber mandado a sus asistentes sanitarios a curar a las tropas rasas, lo encontramos de nuevo en el caso de Albert S. Johnston, general en jefe de las Fuerzas Confederadas en el Oeste en la Guerra Civil Americana; este excelente militar y magnánimo líder se desangró hasta morir por un inocuo disparo en la pierna, ya que había mandado a todos los cirujanos del estado mayor a atender a los numerosísimos soldados heridos, muchos de los cuales pertenecían al ejército enemigo de la Unión llegado del Norte. El hecho aconteció durante la batalla de Shiloh en 1862. La cuestión de los servicios médicos en el ejército romano ha sido ya

*griegos se podría comparar con aquella tarde, cuando los que habían combatido compartieron su bebida y rivalizaban en el recuento de los enemigos que habían abatido en combate, unos riendo, otros cantando, otros jactándose, y cuando el que se abstenía de comer a causa de sus heridas tenía como suficiente consuelo esas mismas heridas?”.*

Tras esta proeza militar, Juliano fue aclamado por primera vez Augusto por sus exaltados soldados galos, pero él no quiso ni oírlo<sup>826</sup>; de haber albergado verdaderas intenciones de usurpar el poder imperial no hubiese dudado proclamarse en ese momento, con 13.000 hombres exultantes dispuestos a morir por él. Como siempre, les reprendió con buenas palabras los envió a disfrutar del festín y del descanso que esa jornada les había proporcionado a todos.

Lejos de entregarse él mismo al descanso o la comida<sup>827</sup>, Juliano reflexionó filosóficamente sobre las alternancias trágicas de la Fortuna a propósito de Cnodomario, y envió todo el botín a Meitis (Metz), donde posteriormente mandaría también a 11.000 prisioneros romanos liberados. De manera piadosa, ordenó la quema de los cadáveres para evitar que fuesen pasto de las aves carroñeras, y tras disponer todo en orden en el ejército planeó el regreso a Tres Tabernas<sup>828</sup>. Pero la campaña de 357 no había terminado aún. Juliano planeaba realizar operaciones de castigo en

---

estudiada, aunque para épocas anteriores, por P. A. BAKER, *Medical care for the Roman army on the Rhine, Danube and British frontiers in the first, second and early third centuries AD*. Oxford, 2004.

<sup>826</sup> AMIANO MARCELINO XVI 12, 64. A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 410.

<sup>827</sup> Quizá se pueda decir aquí algo acerca de la parquedad de Juliano a la hora de tomar alimentos; la sobriedad y austeridad de la vida de Juliano ha sido recogida en múltiples ocasiones por las fuentes antiguas, que reconocen su vida virtuosa y su moderación con la comida, que casi siempre tomaba rápidamente y de pie. Requería una ración de rancho vulgar junto a un trago de bebida, y sus festivales culinarios habían terminado (AMIANO MARCELINO, XVI 5, 1-3; XXI 9, 2; XXV 2, 2; XXV 4, 3. MAMERTINO XI 4; LIBANIO XII 94, XIII 44, XVIII 171). Despreciaba además tranquilamente las riquezas, afirma AMIANO MARCELINO (XXV 4, 7), lo que curiosamente es considerado como un símbolo de buen general por MAURICIO (VIII 2, 58): “*un general que ame el lujo puede destruir a todo el ejército*”.

<sup>828</sup> AMIANO MARCELINO XVII 1, 1. G. W. BOWERSOCK, *op. cit.*, p. 42.



las tierras de los bárbaros, y pese a sus quejas iniciales, tal era la admiración hacia su jefe, los soldados se prestaron de buena gana a continuar las operaciones bélicas, partiendo de su base de operaciones, en lugar de regresar inmediatamente a los cuarteles de invierno en suelo romano<sup>829</sup>.

Ante tal incontestable triunfo, Juliano recibiría las más encendidas alabanzas y felicitaciones de la historiografía pagana y un tímido reconocimiento de los autores cristianos, pero sobre todo los primeros no escatimaron elogios para referirse en términos grandilocuentes (y a veces exagerados) a las hazañas de su gran héroe: así, Amiano Marcelino comparó directamente las gestas de Juliano con las de los Escipiones y Cayo Mario<sup>830</sup>; Libanio lo representó como un Áyax a la cabeza de sus tropas<sup>831</sup>, y Zósimo afirmó que la batalla de Estrasburgo fue tan grande y decisiva como la de Arbela, donde Alejandro de Macedonia derrotó al rey Darío III<sup>832</sup>. Lo que sí es muy cierto es que la noticia de estos sucesos se extendió velozmente y llenó de alegría a todos los súbditos de Occidente; veremos como muchos años después el poeta cristiano de Hispania Prudencio todavía recordará con benevolencia y respeto a Juliano, al que evocará como un soberano poderoso, benévolo, justo y triunfante en las guerras, aunque claro está, errado en cuanto a la religión<sup>833</sup>. Sin ir más lejos, su inmediato sucesor en Occidente, Valentiniano I, estudió y asimiló dentro de sus posibilidades los métodos y tácticas bélicas de Juliano, sacando un buen provecho de todo ello: en la batalla de Solicinum, como

---

<sup>829</sup> AMIANO MARCELINO XVII 1, 2.

<sup>830</sup> AMIANO MARCELINO XVII 1, 14.

<sup>831</sup> LIBANIO XVIII 58.

<sup>832</sup> ZÓSIMO III 3, 3.

<sup>833</sup> PRUDENCIO, *Apoteosis* 449-454. Cf. también R. PALLA, “*Perfidus ille Deo, quamvis non perfidus orbi: l’imperatore Giuliano nei versi di Prudenziò*”. *Rudiae* 10 (1998) pp. 357-371; J. ARCE, “Los versos de Prudencio sobre el emperador Juliano”. *Emérita* XLIV (1976), pp. 129-141.

señala R. S. Cromwell<sup>834</sup>, copiará exactamente el orden de combate utilizado por el César en Estrasburgo, utilizando para desempeñar el papel de los *Primanii* a la selecta legión de los *Ioviani Seniores*<sup>835</sup>.

Por otro lado, una reciente publicación ha querido denostar tanto esta acción como al general que la llevó a cabo hasta el grado de degradar la batalla de Estrasburgo al nivel de *escaramuza*; este hito ha sido establecido por F. J. Guzmán Armario<sup>836</sup>, que reduce la importancia de Estrasburgo a un encuentro de carácter menor, en contra de todos los testimonios de las fuentes antiguas y de la opinión de editores y estudiosos de la obra de Juliano, ninguno de los cuales ha llegado a plantear nada semejante, con una excepción<sup>837</sup>. El único medio que tenía a su disposición para restar importancia a este acontecimiento era rebajando el número de adversarios, que, de acuerdo con la tesis conciliadora de N. J. E. Austin<sup>838</sup>, reduce el número de alamanes reunidos en Estrasburgo a 20.000-25.000; aun aceptando esta rebaja, pensada más para llegar a un compromiso con las afirmaciones de K. Rosen<sup>839</sup> que para ofrecer una perspectiva coherente. Si se tiene en cuenta el tamaño del ejército de Juliano y las condiciones

<sup>834</sup> R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 21.

<sup>835</sup> AMIANO MARCELINO XXVII 10, 8-16. Se trata del año 368.

<sup>836</sup> *Op. cit.*, p. 42.

<sup>837</sup> Así, A. GOLDSWORTHY, *op. cit.*, p. 410, R. S. CROMWELL, *op. cit.*, p. 16, P. HEATHER, *op. cit.*, p. 9, J. GARCÍA BLANCO, en su *Introducción General* a las obras de JULIANO p. 32, G. A. CRUMP, *op. cit.*, pp. 85-89 y 116, P. SOUTHERN & K. DIXON, *op. cit.*, p. 39, T. M. LINDSAY, *op. cit.*, pp. 68-69, F. SAVATER, "Juliano el Piadoso". *Tiempo de Historia* 12, Madrid 1975, pp. 46-47, D. BOWDER, *op. cit.*, p. 50, A. FERRILL, *op. cit.*, p. 52, G. RICCIOTTI, *op. cit.*, pp. 114-119, P. BERTOLINI, *op. cit.*, p. 391, A. PIGANIOL, *op. cit.*, p. 435, S. I. KOVALIOV, *Historia de Roma*. Madrid, 1975, p. 820, P. WILCOX, R. TREVIÑO, A. McBRIDE, G. EMBLETON, *op. cit.*, p. 9, S. JOHNSON, *op. cit.*, p. 193, L. HOMO, *El imperio Romano*, Madrid 1980, pp. 106 y 208, S. TOUGHER, *op. cit.*, pp. 34-40.

<sup>838</sup> N. J. E. AUSTIN, "In support of Ammianus' veracity", *Historia* 22, 2 (1973), pp. 331-335. Aquí se ignora un pasaje esencial de LIBANIO (XVIII 55), en el que se indica que si Juliano no hubiese presentado batalla, más y más guerreros germanos hubiesen continuado llegando para servir bajo Serapión y Cnodomario, por lo que nos parece bastante banal el intento de reducir el número de bárbaros cuando, de haber obrado el César de manera diferente, el enemigo podría haber alcanzado una fuerza muy superior, llegando tal vez a sumar 40.000 hombres (véase la n. 747 a este capítulo). Del mismo modo, el americano G. A. CRUMP (*op. cit.*, n. 67 a la p. 86), considera que no hay razones de peso para dudar de los números ofrecidos por Amiano Marcelino.

<sup>839</sup> K. ROSEN, *Darstellungskunst und Glaubwürdigkeit des Ammianus Marcellinus*. Bonn 1970, pp. 110-114.

estratégicas de la campaña, el resultado de tal evento no puede dejar de calificarse todavía como un logro, pues la inferioridad numérica continuaría siendo flagrante, y de paso habría que preguntarse cuándo se había visto otra horda bárbara de ese tamaño en todo el siglo IV, incluso aceptando su recorte de personal<sup>840</sup>. Se plantea como se quiera plantear, Estrasburgo fue una batalla campal en la que se vieron involucrados, incluso aceptando otras cifras, entre 33.000 y 48.000 hombres, la batalla más grande habida en la Galia en toda la centuria. Habría que mencionar aquí lo que señaló acertadamente T. Coello acerca de la campaña de 357; el ejército de Juliano sólo era la fuerza menos importante incluida en dicho plan, y la idea original de Constancio II era que se actuase en conjunción con el ejército de Barbatió, que recibió 25.000 hombres para poder asegurarle la preponderancia en las operaciones y atribuirle cualquier éxito final. Sumando ambas fuerzas contamos que los romanos reunieron en total a 38.000 soldados, lo que hace realmente difícil de mantener que los alamanes en cualquier momento pudiesen ser menos de 35.000: el contingente militar enviado por el emperador Claudio I para la conquista de Britania en el año 43 se trataba de una fuerza similar a ésta<sup>841</sup>, y que nosotros sepamos tal hecho se trató de una invasión total a gran escala y no de una “escaramuza”. Normalmente, no se podrá acusar al estado romano de realizar colosales esfuerzos de logística y organización para resolver

---

<sup>840</sup> Incluso queriendo menospreciar y rebajar la importancia del triunfo de Juliano mediante la reducción del número de guerreros alamanes, se debe recordar que tal pretensión resulta fútil y obsequiosa: el ejército tervingio de 376 contaba con 10.000 hombres, y el greutungo que le siguió dentro del Imperio de Oriente ese mismo año otros 10.000, y no cabe recordar los estragos que causaron; la invasión de Radagaiso en 405 que puso en jaque a Occidente se realizó con un ejército pagano de 20.000 hombres, y la hueste de Alarico que devastó Italia y saqueó Roma entre 408-410 sumaba 30.000 guerreros, y eso después de recibir a los auxiliares bárbaros desertores tras el motín de las fuerzas romanas en Ticino; los vándalos y el resto de los alanos que pasaron a África en 429 reunían entre ambos 15.000 combatientes, y otros 15.000 suevos permanecieron seguramente en Hispania. Los burgundios, hasta muy entrado el siglo V, llevaban al campo de batalla un ejército de 15.000 guerreros, y los francos no reunían a más de 10.000 antes de la caída de Occidente. El mismo ejército de fortuna comandado por Odoacro que propició el fin de Roma en 476 no contaba más que con una fuerza mixta y mercenaria de 12.000 hombres. Cf. P. HEATHER, *op. cit.*, pp. 561-562. Contando con todo esto, ¿era acaso insignificante una horda de 20.000-25.000 alamanes? ¿Y una de 35.000?

<sup>841</sup> T. COELLO, *op. cit.*, p. 24.

“escaramuzas”. Si los preparativos para esta campaña reunieron un número de tropas semejantes, queda claro que la situación estratégica lo requería y que la amenaza germánica era un problema muy real e importante para que Constancio enviase allí unas fuerzas tan considerables justamente cuando no estaba sobrado de ellas, como es bien sabido.